

La 33 Congregación General de los jesuitas

Manuel Segura

Tensión e incertidumbre

El día primero de septiembre, se reunieron los 218 jesuitas representantes de todas las Provincias del mundo, para elegir un nuevo Superior General. El ambiente era de tensión e incertidumbre, pero al mismo tiempo de esperanza. Dos años antes, en una intervención única en la historia de la Compañía de Jesús, el Papa había impedido la celebración de Congregación General, y había nombrado un delegado suyo, el padre Pablo Dezza, jesuita, ayudado por el padre José Pittau, también jesuita. Ante la opinión pública de la Iglesia, estaba claro que la intervención del Papa tendía a desautorizar al padre Arrupe, anterior Superior General, y su línea de gobierno, abierta y comprometida. Sin embargo, como el padre Arrupe había quedado paralizado por una trombosis, antes de la intervención del Papa, ésta no destituyó jurídicamente al padre Arrupe, sino a quien éste había nombrado como Vicario, el norteamericano padre Vicente O'Keefe.

El ambiente de tensión e incertidumbre en el que se reunieron los Delegados, se debía a que era bien conocido que el Papa mantenía reservas respecto al estado de la Compañía, y a los rumores esparcidos por algunos conservadores, que siempre habían mirado con desconfianza el gobierno del padre Arrupe y lo prescrito por las dos últimas Congregaciones Generales: estos rumores llegaban a afirmar que el Papa estaba a punto de nombrar un nuevo delegado, esta vez no-jesuita.

Como es bien sabido, las quejas del Papa habían surgido por el compromiso político de algunos jesuitas, especialmente en Centro-América, llevados por su deseo de defender la justicia, y también por las quejas llegadas de varias partes del mundo, acerca de algunos puntos de doctrina expuestos por los jesuitas, en concreto por sus críticas, de palabra y por escrito, a la jerarquía y a la misma Santa Sede.

El Papa

En medio de ese ambiente de expectativa e incertidumbre, el Papa tuvo un gesto sin precedente: el primer día de la Congregación General, se presentó en la Casa Generalicia de los jesuitas, para concelebrar con todos la Misa y saludarles después uno por uno, durante más de dos horas. En la homilía de la Misa, tuvo palabras muy cariñosas para el padre Arrupe, aunque no alabó su gobierno, sino su ejemplo, su oración y su sufrimiento. Recordó que seguían en pie las recomendaciones y consejos dados por los dos últimos Papas y por él mismo, en el sentido de buscar una verdadera renovación de la vida religiosa del jesuita. Reconoció que «la Compañía de Jesús trabaja en los campos más difíciles y en ministerios arriesgados que son de gran utilidad para el servicio de la Iglesia». Subrayó que «el Papa cuenta con vosotros, espera mucho de vosotros». Interpretó con serenidad el famoso cuarto voto de los jesuitas, recordando que no es un freno para la generosidad, sino una garantía para responder mejor a las necesidades de la Iglesia, «inmediatamente, sin tergiversar y sin excusarse de ningún modo» como decía San Ignacio. Encargó de nuevo a la Compañía las grandes misiones que la Iglesia le ha confiado en los últimos años: la predicación de la fe contra el ateísmo y la increencia, el esfuerzo por cumplir y hacer cumplir el Vaticano II, el ecumenismo y las relaciones con las religiones no-cristianas, y el diálogo de la Iglesia con las diferentes culturas. Volvió a dejar en claro que no se puede evangelizar, sin promover al mismo tiempo la justicia y la paz, pero que esa actividad deben ejercerla los jesuitas como religiosos y sacerdotes, y no reduciéndola a un proyecto simplemente temporal. Todo eso lo dijo en italiano, francés e inglés. Pasando finalmente a la parte castellana de su homilía, recordó a todos la necesidad de la oración, de ser contemplativos en la acción, de estar verdaderamente unidos a Cristo, en mente y corazón, para poder ser maestros de vida espiritual.

Tanto la serenidad amistosa de la homilía, como el gesto posterior de saludar a todos uno por uno, fueron interpretados, en el lenguaje vaticano, como un deseo sincero del Papa de mostrar amistad a los jesuitas, después de la severidad de los dos años pasados.

Libertad y miedo

Para los suspicaces, hay que afirmar tajantemente que el Papa no tuvo ninguna otra intervención, ni directa ni indirecta, en la marcha de la Congregación General. Tanto las elecciones de padre General y asistentes generales, como la selección de temas y su tratamiento, quedaron a la entera responsabilidad de la Congregación General, sin presiones ni advertencias.

Sin embargo, es claro que, después de dos años de intervención pontificia en la Compañía, y los deseos naturales de todos los congregados de ser fieles a la Iglesia y a las orientaciones del Papa, más de una vez, en las discusiones francas y sencillas, aleteó un fantasma: el fantasma del miedo. No temor servil, sino temor filial a disgustar al Papa con alguna expresión. Miedo algunas veces exagerado, teniendo en cuenta que, pocos metros más allá, bastantes obispos de los reunidos en el Sínodo, se permitían disentir, respetuosa pero firmemente, de orientaciones del Papa, y «allí no pasaba nada».

Dos momentos muy distintos

Todos los que han vivido la Congregación General, están de acuerdo en que esos dos meses se repartieron en dos partes desiguales, en tiempo y en vivencia: la primera parte, de sólo 12 días, fue una profunda experiencia espiritual colectiva. Por primera vez en la historia de la Compañía, se admitió la dimisión de un padre General, en vez de esperar hasta su muerte para nombrar uno nuevo. El dimisionario era el padre Arrupe, figura de gigante en la Compañía y la Iglesia de los últimos años, y fue emocionante escuchar su último mensaje, leído por otro ya que él apenas puede hablar, y ver a ese gigante hecho un niño en las manos de Dios, que da los últimos toques a una santidad fuera de lo común. Y dentro de esos mismos 12 días, se cumplió el objetivo principal de esta Congregación General: elegir un nuevo padre General. Al principio, muchos, dentro y fuera de la Congregación, pensaban que el método de San Ignacio, de hablar uno con uno, y nunca en grupo ni con candidatos previos, era un sistema anticuado para el tiempo presente. Pero se siguió el método ignaciano al pie de la letra, y se comprobó, casi con asombro, que es el mejor y el más limpio. En esas conversaciones de uno con uno, van surgiendo algunos nombres, que tal vez habían sonado ya antes de la Congregación, y van desapareciendo otros. Las conversaciones se complementan con muchos ratos de oración diaria y al final, siendo fieles a San Ignacio, hay que llegar a la hora de oración anterior a la elección, oración que se realiza en el aula en medio de un silencio impresionante, sin haber decidido todavía definitivamente por quien se va a votar. Cuando a los pocos minutos, salió elegido el padre Kolvenbach, la ovación fuerte, cariñosa, prolongada, de todos los Delegados, no iba solamente dirigida a él, sino también a Dios, en agradecimiento por su luz, que se había hecho tan patente.

No haremos aquí ninguna semblanza del padre Kolvenbach, ni tampoco de los asistentes generales, pues sus biografías han aparecido en todos los periódicos. Y ese hombre sencillo, lleno de Dios y de sentido del humor, transparente y silencioso, que es el padre Kolvenbach, preferirá el silencio acerca de su persona. El mismo decía que había aprendido en el Líbano que, muchas veces, «una palabra es una palabra de más».

La segunda parte de la Congregación, de 40 días, fue completamente distinta. Trabajo en comisiones, monotonía de observaciones, enmiendas y borradores, pero siempre en un ambiente sencillo y de riquísimo intercambio internacional. De esto hablaremos a continuación.

Confirmación

El resultado de tanto trabajo, realizado a veces con un método anticuado, más apto para documentos jurídicos, que para los modernos documentos inspirativos, fue: tres breves decretos, sobre la constitución de las Congregaciones o Capítulos Provincial y General, y sobre la separación económica entre obra apostólica y comunidad religiosa. Y además, el documento principal de la Congregación General, más largo y desarrollado, aunque también breve y conciso, donde se tocan los puntos principales o conflictivos en la vida de apostolado y en la espiritualidad religiosa.

Esos puntos son: la obediencia y colaboración con la jerarquía de la Iglesia; la vida de oración y la búsqueda sincera de Dios; la situación de los hermanos no sacerdotes en la Compañía; los estudios y formación espiritual, tanto de los jóvenes estudiantes, como de los que ya están hace años en el apostolado; la pobreza, que es la única que hace creíble cualquier apostolado; y por último un amplio capítulo sobre la misión apostólica y la necesidad de unir siempre, el apostolado, el trabajo por la fe y el trabajo por la justicia.

La voluntad de fondo de toda la Congregación era *confirmar*. Confirmar lo que habían dicho las dos últimas Congregaciones Generales, y confirmar el extraordinario magisterio del padre Arrupe y sus líneas de gobierno. Mirado superficialmente, este deseo de confirmación, puede parecer a algunos osadía: los Papas habían llamado la atención y deseaban cambios serios. La Congregación General ha reconocido las faltas de los jesuitas en estos últimos años y ha recibido de todo corazón las advertencias de los Papas; pero sin ninguna ambigüedad ha pensado y declarado que esas faltas de los últimos años no se debían a las directivas de las Congregaciones Generales y del padre Arrupe, sino a los defectos en cumplirlas.

Por eso, varias veces en el breve decreto, se recuerda que las Congregaciones anteriores siguen teniendo todo su valor jurídico e inspirativo, como interpretaciones actuales del auténtico espíritu de la Compañía.

Algunos puntos claves

Las ideas de ese breve documento central no son nuevas ni sorprendentes. Son sólo una reafirmación serena y actual de la actitud con que un jesuita debe

enfrentarse ignacianamente con su trabajo y con los desafíos que le presenta el mundo actual. He aquí algunas de esas ideas:

– La docilidad al Espíritu es la que nos impulsa a obedecer a la Iglesia, escuchar al mundo, y discernir en comunidad.

– Toda la vida del jesuita se funda en una experiencia de Dios: a esa familiaridad con Dios no se puede llegar sin la práctica de la oración personal.

– No se puede responder a las exigencias del apostolado moderno sin una formación larga y sólida, sin un sentido de solidaridad con la Compañía, y sin prolongar esa formación durante toda la vida.

– No hay libertad sin pobreza; hay que ser austeros y hay que compartir: en las mismas obras y medios de apostolado hay que conjugar la sencillez evangélica con la eficacia.

– La promoción de la justicia es necesaria para la evangelización, como recordó el Papa. Buena parte del mundo actual rechaza a Dios y rechaza también la dignidad humana: hay hambre, miseria, opresión, carrera de armamentos, amenaza nuclear; es el pecado que está en el corazón del hombre.

– También hay signos de esperanza en el mundo: más solidaridad, más intolerancia respecto a la injusticia, renacimiento de las religiones mundiales, búsqueda del sentido de la vida por la meditación y la oración.

– *Todos los ministerios apostólicos tienen que ser sometidos a discernimientos.*

– Para discernir bien, hay que participar en la vida de los hombres de hoy, hay que saber encontrar a Dios que actúa en la historia de los pueblos, y hay que saber escuchar la palabra de Dios que nos invita a la conversión.

– El modo de luchar por la justicia debe ser siempre sacerdotal y cristiano, como lo formuló el padre Arrupe: «nadie promueve la justicia sin amor, ni siquiera al luchar contra la injusticia».

– Hay que continuar los ministerios tradicionales, pero bajo esa nueva luz de unir siempre la fe y la justicia.

– Y también hay situaciones nuevas, que exigen respuestas nuevas: los refugiados; la discriminación racial o contra los inmigrantes; los abusos contra las mujeres; el desprecio por la vida de los no nacidos, de los deficientes o

de los ancianos; los refugiados sin hogar; la opresión económica: el paro, los campesinos sin tierra, etc.; y los derechos humanos pisoteados con asesinatos, cárcel, tortura y falta de libertad.

– Hay que trabajar también por la PAZ, con estudio, con acción decidida y con la no violencia.

– Por último, de una forma inequívoca, la Congregación General, confirma la opción preferencial de la Compañía por los pobres, que se debe reflejar en la selección de ministerios y en la forma de vida de los jesuitas.

Educación para la internacionalidad

Como se sabe, la Congregación General de la Compañía de Jesús está pensada fundamentalmente para elegir padre General, cuando sea necesario, y para dar leyes y orientaciones a todos los jesuitas del mundo. Dada la diversidad de culturas y costumbres, es muy difícil legislar en forma universal. Seguramente esta es la explicación más objetiva de por qué fueron necesarios 40 días para producir un documento tan breve. Era necesaria una previa «educación para la internacionalidad»: todos tenían que hacer el esfuerzo de escapar de sus formas habituales de pensar, y tratar de entender las circunstancias y problemas de los demás.

Los europeos y norteamericanos, por ejemplo, desde un punto de vista cristiano y apostólico, se enfrentan sobre todo con la realidad de la increencia: o se vive en un ateísmo institucionalizado en los Países del Este, o se vive en lo que se llama «la sociedad postcristiana». El problema es cómo anunciar a Dios a un mundo al que ya no le interesa Dios. En cambio en la India, el problema es casi el contrario: se trata de anunciar la fe a un pueblo que ya tiene mucha fe; se trata de repensar todo el Evangelio, y sobre todo la elaboración cristiana posterior, a la luz del pensamiento y la filosofía india; se intenta hacer para la India lo que Alberto Magno y Tomás de Aquino hicieron para Occidente. En cambio, para los jesuitas que trabajan en América latina, y muy especialmente en Centro-América, la defensa de la justicia adquiere un carácter urgente y a veces dramático, de martirio: en medio de esa lucha mundial por el poder, lucha concentrada en aquellas pequeñas y hermosas tierras centroamericanas, hay que acertar para anunciar el evangelio de los pobres, y hay que saber tomar decisiones urgentes y gravísimas.

Para todos los jesuitas, en situaciones tan distintas, la Congregación General espera haber dicho una palabra válida.

Manuel Segura